

# LA PRIMERA EDAD.



## SUMARIO.

En la luna.—La niña mentirosa.—El correo interior.—Al que madruga Dios le ayuda.—La Virgen del Pilar.—La huerfanita.—El dedo cortado.—La limosna.—El castigo por igual.—La herradura.—Explicacion del figurin iluminado.—Advertencia.—Anuncios.

### EN LA LUNA.

Mi amigo Luis, que es un aeronauta apasionado, me propuso un día que le acompañara en una de sus excursiones á través del espacio. Acepté la oferta con gran entusiasmo, y me prometí un gran placer de aquella expedicion por debajo de las nubes, por las nubes y por encima de las nubes.

El día de la partida llegó. Nos instalamos en la barquilla, y Luis gritó:

—¡Soltad la cuerda!

En seguida fué cortado el cable que nos sujetaba á la tierra y nos encontramos á una altura tan grande, que la de la Giralda de Sevilla no es nada en comparacion á la que alcanzamos nosotros en un instante.

Al principio experimenté cierto impulso de orgullo al verme en aquella altura, desde la que tenía cierta superioridad sobre el resto de la humanidad; pero bien pron-

to recobró su lugar el instinto de conservacion, y reflexioné que en caso de un accidente desgraciado, la humanidad, de la cual formaba yo parte, y á la que miraba con cierto desprecio, no me podría socorrer con facilidad.

Subiamos de tal modo que me inquietaba. Al fin comuniqué esta observacion á mi amigo Luis:

—¿Temes que vayamos á parar á la luna?

—No tal, no soy cobarde hasta ese punto.

Pero en verdad, maldito si sentía ni una palabra de lo que decia, ni me parecia imposible que nuestro globo, á fuerza de subir, fuera á parar al astro de la noche.

De pronto sentimos como un choque, el globo comenzó á subir con una rapidez vertiginosa, y con gran sorpresa nuestra nos vimos sobre la tierra firme.

Estábamos en la luna.

—Razon tenía en temer, le dije á Luis, ya lo ves, estamos en la luna.

Octubre, 1873.—Núm. 9.



Mi amigo bajó los ojos, y no me contestó.

Amarramos el globo y nos fuimos á ver si encontrábamos algun viviente, pues nos moríamos de hambre.

Al fin encontramos una posada, hallazgo que nos colmó de alegría.

Entramos y nos sentamos á una mesa, no sin notar ántes que las mesas, las sillas, las botellas, eran de un blanco pronunciadísimo.

La tierra sobre que pisábamos era tambien blanca como la nieve.

— ¿Si será la luna de yeso? observó Luis.

Iba á contestarle, participando de su misma idea, cuando se aproximó el posadero á nuestra mesa y colocó sobre ella un mantel, dos servilletas y dos platos.

Entónces nuestra sorpresa no tuvo límites: el mantel, las servilletas y los platos eran negros completamente.

Participé á Luis mi sorpresa, y éste me respondió:

— Estamos en la luna, y se conoce que aquí lo que en la tierra es negro, es blanco, y viceversa.

El posadero nos sirvió un trozo de queso blanco como el arñiño, y despues otro y otro, sin que pudiéramos conseguir otro alimento diferente. El postre fué otro trozo

de queso, y el vino, era un vino tan blanco como el queso.

Colocó una garrafa sobre la mesa, con un líquido que parecia tinta, y el cual era agua, segun comprendimos al cabo de un momento. El agua de la luna era negra.

— ¿Te gusta la luna? le pregunté á Luis.

— Éste no me respondió, pero hizo un movimiento que significaba claramente:

— ¡No mucho!

Nuestra llegada habia hecho sensacion en el país, y los habitantes de la luna se agrupaban delante de nuestro albergue mirándonos con curiosidad y sorpresa.

Un anciano se aproximó á nosotros y nos dijo:

— Muy buenos días, señores.

— ¡Cómo! exclamé yo, ¿se habla aquí el español?

— Algunos nada más: el huracan trajo una vez hasta aquí una gramática y un diccionario de la Academia, y aprendimos algunos el español. Yo soy miembro de la Academia lunática.

— Entónces, sabio anciano, déme V. la explicacion de una cosa que me ha sorprendido mucho. ¿Por qué todas las personas son tan pálidas y tan blancas que parecen estatuas de yeso?



— Es el color de la luna, caballero.

— Muy bien ; pero puesto que es el color de la luna, ¿ por qué tienen las camisas negras ? ¿ Por qué todo lo que es blanco sobre la tierra es negro aquí, y todo lo negro es blanco ?

— Es muy sencillo ; somos blancos como nuestro suelo, y nos vestimos completamente de negro, porque si no, no nos podríamos distinguir. Si fuéramos vestidos todos de blanco nos confundiríamos con la tierra.

Solamente los guardias civiles son los que van vestidos de blanco, porque de este modo ven sin ser vistos, y cogen á los ladrones con la mayor facilidad.

— Pero ¿ y si los ladrones se visten tambien de blanco ?

— Es imposible, porque las telas blancas están en poder del Gobierno, y son construidas en las cárceles.

— ¡ Cómo ! ¿ Ustedes tienen cárceles ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á quiénes meten ustedes en ellas ?

— Á los compatriotas de ustedes, que suelen tener la cabeza un poco desarreglada.

— ¡ Ah ! ya.

— Sí señor. No son ustedes los primeros que han venido á visitarnos. ¡ Todos los días recibe la luna algun habitante del globo terrestre ! Pero todos son por lo regular muy turbulentos, y los encerramos por precaucion en las cárceles del Estado.

— ¿ Dice V. que son turbulentos ?

— Sí señor. Le hacen agujeros á la luna.

Todos los que vienen aquí son unos locos. Los unos son políticos que han estado soñando toda la vida con hacer feliz á su patria, y han concluido por hacerla más desgraciada ; otros han imaginado maravillosas invenciones para enriquecerse, y han gastado el dinero de sus socios sin provecho para nadie.

Tambien tenemos niños embusteros, niños quejumbrosos, otros desaplicados y holgazanes, niños mal intencionados, jóvenes orgullosas, mocitas presumidas, rapaces desobedientes... Tenemos, en fin, algunos areonautas...

Luis dió un salto.

— Corramos, exclamé yo dirigiéndome á Luis, no sea que nos den alojamiento grátis.

La verdad era que tenia un miedo cerval á quedarme en la luna,



Partimos sin pagar, y empezamos á correr con todas nuestras fuerzas.

Bajamos á la tierra y fuimos á caer á la puerta de la iglesia de una aldea.

El cura estaba predicando y oí que decía:

— Los que se elevan mucho, al fin tendrán que bajar.

— Afortunadamente, exclamé yo, que estaba muy contento con haber bajado.

E. DANGIN.

## LA NIÑA MENTIROSA.

La principal riqueza de Castilla la Vieja consiste, niños míos, en la abundante cosecha de trigo, y con razón se le da el nombre á esa parte de nuestra patria de *granero de España*. La mayor parte de los aldeanos se ocupan de la siembra, para despues venderlo en los mercados más cercanos, y puede decirse que no hay otra industria ni ocupacion.

En la entrada de un pueblo llamado La Mudarra, situado en la carretera de Valladolid á Rioseco, habia dos casas, si bien unidas

entre sí, separadas por la enemistad y el ódio que se profesaban sus habitantes.

En una de ellas vivia una mujer con una niña de siete años: en la otra un honrado labrador con un hijo pequeño y una hija.

Los dos niños eran buenos, sencillos, francos, generosos, y particularmente Balbina siempre buscaba medio de establecer intimidad con su vecinita Andrea, que tenía la misma edad, y que, á pesar de esto, diferenciaba notablemente en carácter y condiciones. Andrea era imperiosa, desobediente, irascible, y sobre todo embustera.

Su madre era una mujer malvada, envidiosa del bienestar del buen Tomás, á quien odiaba con tal intensidad, que prohibió terminantemente á su hija se reuniese con sus hijos ni participase de sus juegos, lo que motivaba la aversion de la niña, pero no impedía que de vez en cuando los niños se buscáran, con infantil anhelo por parte de Balbina y Claudio, con intencion dañada por la de Andrea.

Un dia, los hijos de Tomás y la de Clara se encontraron en un prado en el que habia un haz de paja perteneciente á la madre de Andrea.

— ¿Tienes un fósforo? preguntó ésta á Claudio.

— ¿Para qué? preguntó el niño.

— Para hacer una hoguera con todos esos palitos que caen de los árboles.

— ¿Y si prendes fuego?



— ¿Qué te importa?

— Mira que es el haz de tu madre, añadió Balbina.

— Pues por eso no te importa.

Y la porfiada niña reunió un gran monton de hierbas, palitos y hojas secas y lo encendió, riéndose á carcajadas al ver las llamas. Pero el viento es caprichoso é hizo inclinar la llama del lado del haz de paja, prendiéndose fuego y levantando una nube de humo negro y espeso. Andrea, asustada, corrió á situarse en una eminencia, y Claudio y Balbina echaron á correr hácia su casa dando gritos.

El pueblo entero acudió al sitio de la catástrofe: el fuego se habia propagado á otros haces, y el campo parecia una inmensa hoguera.

— ¿Quién ha sido la causa de tal desastre? preguntó el alcalde. ¿Quién ha prendido fuego á esas hierbas que aún se ven arder?

— Ha sido Andrea, dijo Balbina sin vacilar.

— ¡Mentira! exclamó furiosa la niña. ¡Ha sido Claudio!

— Tal vez por orden de su padre, gritó la madre de Andrea; sí, sí, por hacerme ese daño: ¿no dijo un día que si pudiera, incendiaria mi casa?

— Eso es verdad, dijo un vecino del pueblo; no hace mucho tiempo que, hablando de los chicos, se le escapó: «si veo jugar á los míos con Andrea, les cuesta caro, pues madre é hija merecen, por brujas, morir abrasadas.»

— Pero eso lo dijo sin malicia,

añadió otro vecino; como se dicen las cosas cuando está uno encolezado.

— Vamos, Andrea, repuso Clara, tomando á su hija por el brazo, ¿en dónde estaban Claudio y Balbina cuando has visto el fuego?

— Cerca del haz, madre, quemando palos y hojas secas.

— ¿Y ahora qué dice usted, señor alcalde?

— Que será preciso prender á Tomás.

— ¿Nuestro padre á la cárcel? gritaron Claudio y Balbina llorando; no, no, él no ha hecho nada, he sido yo, yo, por jugar, balbuceó el niño, deseando salvar á su padre á costa suya.

A pesar de sus ruegos, Tomás, acusado de haber encargado á su hijo prendiera fuego á la paja de su enemiga Clara, fué conducido á la cárcel, y la sumaria empezó.

La casa quedó abandonada, y Claudio y Balbina pasaban todo el día al lado de su padre, quien no podia creer que el niño hubiera cometido aquella maldad.

Todas las apariencias estaban contra Tomás: su enemistad, las palabras que ligeramente habia dejado escapar, el haber declarado el niño habia prendido fuego, y, sin embargo, Tomás era rudo, pero honrado é incapaz de hacer daño á una mosca.

Andrea habia confesado á su madre la verdad, agobiada por el peso de su mentira y por los males que veia causaba, pero Clara gozaba con la deshonra y la ruina de su



enemigo, y ántes que declarar la falta de su hija lo hubiera arros-trado todo.

La niña sentia remordimientos, y como en edad tan tierna la maldad no está aún arraigada, se sentia algunas veces triste al ver á Claudio y á Balbina tan pobres y desgraciados, pues todo lo que pertenecia á su padre estaba embar-gado.

—¿Por qué no haber dicho, se preguntaba, que habia sido yo?

Cuando recayó la sentencia en Tomás, y tuvo que cumplirla en la cárcel, ya la justicia habia dado cuenta de casi todo lo que poseia, y por las calles del pueblo llegó el caso de encontrar á Balbina y á Claudio pidiendo una limosna.

Tales eran los resultados de la mentira de Andrea, niñas mias, resultados graves y trascendentales.

Pasó un año: Tomás salió de la cárcel, y tranquila su conciencia, procuró encontrar trabajo para mantener á sus hijos y atender á sus necesidades; pero se negaron en todas partes á darle ocupacion, y tuvo que salir del pueblo y dirigirse á otro inmediato, en el que se colocó como mozo de labor, pero á los pocos dias llegó un vecino de La Mudarra, le conoció, y contó lo sucedido.

—Tomás, le dijo el labrador de Castromonte, siento tenerte que despedir, pero tus antecedentes son fatales y no puedes estar más tiempo en mi casa.

—Soy inocente de todo lo de que se me acusa.

—Sí lo serás, pero has estado en la cárcel.

—Es verdad, contestó tristemente Tomás.

Y aquel dia salió del pueblo y se fué á otro, en donde tambien logró entrar en la casa de una digna viuda que necesitaba un hombre de confianza para dirigir la labranza.

Antonia, tal era su nombre, se compadeció de Tomás y de sus dos niños, proponiéndose ser su protectora.

A los pocos dias, sin saber cómo, es decir, por algun viajero llegado de los otros pueblos, se extendió la noticia de que Tomás era un hombre perverso que acababa de salir de la cárcel y que habia incendiado las haces de una pobre mujer.

Antonia escuchó, pero sin precipitarse, llamó á Tomás y le dijo:

—Me advierten que eres un hombre infame, incendiario, y que has cumplido una condena en la cárcel: dime la verdad y no te pesará.

Tomás, conmovido por la lealtad de su ama, le refirió lo sucedido asegurándola que era víctima de la mentira de una niña malvada.

—Te creo: tu acento es el de la verdad: no tengas cuidado alguno, y desde hoy tus hijos tienen una segunda madre. Balbina es un ángel, me ayudará y aprenderá á manejar la casa; en cuanto á Claudio harémos de él un buen trabajador.

La gente del pueblo se maravillaba de que la señora Antonia con-



tinuára con aquel hombre en su casa, y cuando alguno se atrevía á hacerla observaciones, contestaba:

—Es más honrado que muchos que aparentan serlo.

Una noche de invierno se encontraban sentados al rededor del hogar escuchando los zumbidos del viento y la lluvia que menuda y fría caía sin cesar, cuando oyeron llamar.

—Imposible parece, dijo la señora Antonia, que con una noche como ésta haya quien se arriesgue: abre, Claudio.

El niño obedeció, y cuál no fué la sorpresa de todos al ver entrar á una niña como de nueve años, cubierta de harapos, tiritando de frío, pálida, demacrada y casi desfallecida.

Balbina corrió hácia ella apénas la vió, diciendo:

—¡Andrea!... ¡Andrea! y olvidándose de todo cuanto por su causa habian sufrido, abrazó á la niña y la condujo hasta cerca del fuego.

La niña no se atrevía á levantar los ojos por no encontrarse con Tomás, Claudio y Balbina; pero por último dijo:

—He sido muy mala, muy mala, pero por mi mentira Dios me ha castigado.

—¿Pero y tu madre? ¿cómo estás sola por los caminos?

—Mi madre ha muerto, pero ántes me dijo: ya has visto cómo poco á poco hemos perdido cuanto teníamos, porque las co-

sechas han venido malas y las contribuciones se lo llevan todo, pero más aún porque el cielo nos ha castigado.

—Pero ella sabía....

—Sí, yo se lo habia confesado;—pues bien, me dijo, aunque eres una niña, despues que yo esté debajo de tierra, busca á Tomás y pídele perdon de lo que hiciste y de mi silencio despues, para que me perdonen á mí allá arriba. Andrea lloraba y todos la escuchaban enternecidos.

Murió mi madre hace dos dias, y como en casa no habia ni pan, me puse á pedir limosna y á preguntar en dónde podria cumplir su última voluntad; cuando lo supieron en el pueblo me apedrearon diciendo:—niña mentirosa, por tí se arruinó un hombre de bien,—y perseguida por los vecinos salí al camino y he andado dos dias, hasta que he llegado aquí, y en nombre de mi madre y mio pido perdon del mal que hice.

Y Andrea, juntando las manos, cayó de rodillas delante de Tomás.

El honrado aldeano levantó á la niña, diciendo:

—Te doy las gracias, pues lo que más pesaba sobre mí era morirme sin haber podido hacer pública mi inocencia.

Tan desfallecida estaba Andrea, que fué preciso reanimarla, y sobre todo consolarla.

La señora Antonia hizo que la acostáran y al dia siguiente la llamó y la dijo:

—¿Adónde piensas ir?



— ¡Ay señora de mi alma! no tengo otra cosa que hacer que pedir limosna, contestó llorando.

— ¿Estás arrepentida y conoces el mal que causaste con una mentira?

— Sí señora, sí, yo fui muy mala, lo conozco.

— Pues bien, aquí te quedarás: con las criadas aprenderás á servir, y cuando seas mayor, si lo mereces, ya veremos lo que hemos de hacer de tí.

Andrea rompió á llorar, y sólo pudo dar las gracias á Balbina, que era quien habia intercedido por ella.

Permaneció en la casa y sufrió una grave enfermedad, sin duda por la humedad de aquella noche y la fatiga.

Desde entónces jamas dijo una mentira, siendo la mejor amiga de Claudio y Balbina, quienes con su padre continuaron siendo como de la familia de la señora Antonia, la cual, no teniendo herederos, les dejó á su muerte toda su fortuna.

BARONESA DE WILSON.

## EL CORREO INTERIOR (1).

Várias veces hemos relatado, para probar la inteligencia, comprension, alcance y viveza de los niños en nuestro país, ocurrencias, observaciones y agudezas que de-

(1) El semanario titulado *El Autógrafo* ha publicado esta narracion de Fernan Caballero.

jan admirados á los que los oyen. Vamos á referir todo un sucedido de la vida interior de una respetabilísima familia amiga nuestra, de cuño legítimo español (es decir, profundamente cristiana y digna), que probará una vez más nuestro aserto.

Los padres, áun de buena edad y en muy buena posicion, se ven rodeados de una numerosa descendencia de hijos y nietos, que todos á porfía dánles constantes pruebas de haber aprovechado la buena educacion y los buenos principios que desde su infancia les han dado sus padres, y entre cuyos frutos se muestran los primeros á la vista, el respeto, el cariño y la ciega obediencia á aquéllos y la sincera y cariñosa union entre todos.

Dos de las hijas están bien casadas, tres de sus hijos siguen brillantemente várias carreras, todas de mucho estudio y trabajo. Otra de sus hijas, soltera (cuyo nombre, que es el de Micaela, dirémos para poderla nombrar con el bonito diminutivo de Nela con que la nombra su familia), desde muy pequeña demostró una alegre, dulce, pero decidida é invariable vocacion por ser monja. Los padres, como todos, aunque sean buenos cristianos, se opusieron á ello, parte por razon, pues es necesario que el tiempo madure estas decisiones, y que demuestren ser legítimas pasando por el crisol de la constancia; parte por otra causa, si no tan razonada más sentida, por no separarse de ella; y no obstante, los



enemigos del catolicismo y de sus santas instituciones nos pintan á las monjas como víctimas de la tiranía paterna, y hay sobre todo entre los protestantes, quien cree esas aseveraciones falsas y calumniosas con una buena fe que haría reír si la materia no fuese tan grave.

La pobre Nela, pues, llevaba una vida contrariada; pero nadie se lo conocía, pues su humor era siempre el mismo, dulce y alegre. Su traje, en extremo sencillo, y su afán por buscar el retiro contrariaban á sus padres, que la hacían á veces vestir á la moda y salir á inocentes diversiones, obedeciendo ella sin contradecirles y disimulando la grande mortificación que le causaban. Así transcurrieron varios años, y en el pasado, la víspera del día de la Concepción, se halló el buen padre con una carta abierta sobre su carpeta. Esta carta era de su hija y estaba dirigida á la Virgen para darle los días en los términos más candorosos, más dulces y amantes, y acababa con la fervorosa súplica de que la concediese la gracia de inclinar á sus padres á que le otorgasen el permiso que tanto tiempo habia anhelado y solicitado de ellos, de poder entrar en un convento para dedicarse cumplida y plenamente al servicio de Dios y de su Santa Madre, así como á cumplir uno de sus sagrados preceptos, enseñando al que no sabe, pues deseaba ser monja Salesa.

Al padre enterneció profunda-

mente aquella carta á la Virgen, tan candorosa, tan tierna, y que cual una sencilla estrella reflejaba la luz del sol, esto es, el ardiente deseo de consagrarse á las primeras virtudes cristianas, el amor á Dios, la pobreza, la humildad, la abnegación, la obediencia, y se preguntó: ¿Estoy en mi derecho, cumplo con mis deberes de padre impidiendo á mi hija acercarse más á su Dios y casi forzándola á unirse más al mundo y á las cosas terrestres, donde sin buscarlo se halla siempre el peligro y nunca la felicidad que en él se busca? Subió al cuarto de su mujer, á la que hizo estas observaciones. Dices bien, repuso la piadosa madre, dejemos ya de oponernos á que siga una buena vocacion, como podríamos hacerlo á un mal casamiento que la hiciese infeliz.

Al año profesaba Nela con un gozo y una alegría que por desgracia muchos no comprenden por lo contrapuesto de sus ideas y sentimientos á las ideas sensatas y humildes, y á los sentimientos inocentes y religiosos de la virgen cristiana.

Pocos días despues estaba la familia de que hablamos reunida alrededor del brasero. Hablaban de la hija y hermana querida. Nela, dijo una de sus hermanas, nos ha encargado mucho que recomendemos y pongamos en manos de la Virgen nuestras súplicas, y que tengamos presente cómo habiéndole ella rogado que le alcanzase el cumplimiento de su más ardien-



te deseo, la Virgen se lo concedió casi milagrosamente.

¿Y cómo sabe tia Nela, preguntó un hermoso niño de cinco años, hijo de su hermana mayor, que fué la Virgen quien se lo concedió?

Entónces una niña de nueve años, prima de aquél, contestó al que habia preguntado: ¿Cómo lo supo? porque se lo avisó. ¿Y cómo? tornó á preguntar el niño.

Entónces la niña, poniendo su dedito sobre su corazon, le respondió: *por el correo interior*.

Admirable respuesta, en que se unen la más acendrada fe, la más exacta apreciacion del caso y el modo de expresarlo más lleno de ingenio y de chiste; pues todas estas cualidades, necesarias para formular esta respuesta explicatoria, tan pronta y espontáneamente dada, que se anticipó á la que iba á dar, la buena madre, posee esta niña, que Dios bendiga.

FERNAN CABALLERO.

## AL QUE MADRUGA

### DIOS LE AYUDA.

Habia una vez en una casa una ratita blanca como la nieve. Sus ojos y las extremidades de sus patitas eran de un precioso color de rosa. Su madre, que la amaba con ternura, la habia puesto por nom-

bre Blanquita. Blanquita era una ratita aristocrática, era una señorita en toda la extension de la palabra. Pero como las ratas más aristócratas suelen nacer, lo mismo que las ratas de baja estofa, sin bienes de fortuna, Blanquita tuvo que trabajar para vivir desde que la quitaron del poder de la nodriza.

Pero nuestra ratita tenía un gran defecto, y era que la pereza la dominaba por completo. Todas las mañanas la iba á despertar su madre á la hora en que todas las ratas se ponian á trabajar, pero por más que hacia no podia hacerla salir de su agujero.

— Enseguida voy, mamá, decia en su lenguaje, y enseguida estiraba sus patitas color de rosa, se restregaba los ojos, se arreglaba con coquetería, y cuando volvía su madre la encontraba lo mismo que la habia dejado. Su madre, quizás por el cariño que la profesaba, era muy débil con ella, y cuando la reñía lo hacia con mucha suavidad, y despues de las reconvenciones la daba un hermoso trozo de pan blanco que quizás habia cogido con riesgo de su vida.

Pero al cabo de algun tiempo comprendió que la ociosidad en que vivia le podia ser muy perjudicial, y una mañana la habló de esta manera:

— Hija mia, nadie es eterno, y el día ménos pensado moriré de tisis ó de apoplejía, ó bien á manos de algun gato feroz, y entónces te morirás de hambre por no saber buscarte el sustento. Es menester,



pues, que te acostumbres á buscar tu comida, pues desde hoy no vuelvo á darte de comer.

Blanquita no se fijó en esta advertencia, porque creyó que no se realizaria, pero con gran extrañeza vió que para no variar de resolucion no fué á dormir al agujero, ni llevó comestibles de ninguna especie.

bre de despertarse muy tarde, y cuando despertó volvieron los tristes pensamientos, y comprendió la necesidad de buscar algo que comer, pues tenía un hambre terrible.

Salir en medio del día por las calles más céntricas de Madrid, pues Blanquita vivia en Palacio, no era muy prudente, pero el hambre apretaba, y al fin se lanzó fuera



La ratita. (Pág. 10.)

La ratita blanca tenía ya cierto apetito, y no hacia más que asomarse á su agujero á ver si venia su madre, pero pasaron horas y horas, y pensó que quizas le habria pasado alguna desgracia. Este triste pensamiento y el hambre que sentia la tuvieron despierta largo tiempo, hasta que la venció el sueño.

Blanquita tenía la mala costum-

de su agujero, que estaba en un comedor, detras de un magnífico aparador de madera tallada.

Comprendió con su instinto de rata, que ántes de salir era necesario orientarse, tanto para no exponerse á un contratiempo como para no hacer una expedicion sin resultados. Su madre le habia explicado muchas veces la conducta que debe seguir una rata en el



mundo, y todos sus consejos vinieron á la imaginacion de Blanquita. Reflexionó, pues, el camino que le convenia tomar, y cuando iba á empezar su expedicion, vió sobre una silla un enorme gato negro

bró su presencia de ánimo, y se metió en la antecámara por debajo de una puerta. El gato negro fué á dar con la cabeza en la madera de la puerta, haciéndose un enorme chichon que le hizo jurar como



El gato negro.

que dormia profundamente. Al ver al terrible animal, enemigo declarado de su raza, no pudo contener un grito, y el gato, que no dormia más que con un ojo, dió un tremendo salto.

Blanquita estaba perdida, pero ante la grandeza del peligro reco-

un carretero. Blanquita pasó rápidamente de la antecámara á la cocina, en donde se aumentó su temor al ver á la mofletuda cocinera que habia allí, la cual estornudaba de un modo espantoso. Al primer estornudo se metió en un agujero que daba á un desagüe, y nuestra



ratita, á costa de mancharse su blanco ropaje, se vió libre de los estornudos de la cocinera.

¡Pero que le importaba á ella estar más ó menos limpia si estaba

Esta era la primera vez que asistía á este espectáculo, y se preguntaba si las ratas tenían obligación de buscarse su sustento á través de aquella numerosa concur-



El enorme mastin.

fuera de peligro! Así lo creía ella al ménos.

Al principio se sorprendió al verse en la calle, y no sabía lo que a pasaba al ver tanta gente pasar en todas direcciones.

rencia. Blanquita se fijó enseguida en un trozo de pastel que un estudiante acababa de arrojar al suelo con desden cerca de su refugio. Su primer impulso fué lanzarse sobre el trozo de pastel, pero temió



ser aplastada por los transeuntes, y el no ver ninguna otra rata la desanimaba mucho. Sin embargo, no queria morir de hambre, y despues de un momento de reflexion dió un paso hácia adelante.

El desgraciado trozo de pastel continuaba allí, excitando su apetito. Blanquita lo miraba con melancolía, esperando una ocasion propicia para lanzarse sobre él. Ya iba á ejecutar otra tentativa, cuan-



El tendero.

Pero el grueso zapato de un aguador la hizo bien pronto volver á su agujero. Un instante despues la calle estaba libre y Blanquita avanzó de nuevo, pero un enorme carruaje la hizo retroceder tan velozmente que tropezó en una concha de ostra y rodó con las patitas hácia arriba.

do un enorme mastin pasó, y se le comió de un bocado.

Este desgraciado incidente la llenó de desesperacion, porque con aquello hubiera tenido para comer tres dias por lo ménos. ¿Qué haría? Pensó que su muerte era inevitable y que más le valia esperarla con resignacion. A estas reflexo-



nes se abandonaba, cuando vió de pronto con gran placer un trozo de queso que no tenía más que alargar la pata para cogerlo. Dios se lo enviaba sin duda, y nuestra ratita se le comió llena de satisfacción.

Pero ¡ay! la felicidad no dura mucho, y Blanquita se vió interrumpida en medio de su digestión por una porción de agua que la arrastró hasta el arroyo, en donde estuvo cerca de una hora medio asfixiada. Cuando abrió los ojos, se vió rodeada y atormentada por unos niños que creyéndola muerta la daban vueltas con un palo.....

Este nuevo peligro no era menos grave que los otros, porque podían matarla jugando, ó aplastarla el primer coche que pasara.

Blanquita entónces se lanzó fuera del grupo con la velocidad del rayo.

Los niños, llenos de sorpresa, pues no habían visto el camino que había tomado, se dispersaron riéndose.

Nuestra ratita al escapar tuvo la habilidad de entrar en una tienda de comestibles sin que la viera el tendero, y fué á esconderse detras de unos toneles llenos de legumbres secas. El sitio estaba perfectamente escogido, y Blanquita se daba la enhorabuena por haber encontrado aquel refugio.

Los sonrojados ojos se fijaban, llenos de admiración, sobre todos los apetitosos comestibles que había en la tienda, olvidándose hasta tal punto de la realidad en su

contemplación, que fué á colocarse sobre un magnífico bizcocho que estaba á la vista de todo el mundo.

El tendero fijó en seguida sus ojos en el bizcocho, del cual se disponía á servir á un parroquiano, y vió á Blanquita en él sentada tranquilamente.

En seguida cogió un palo de escoba que tenía al lado y dió tan tremendo golpe con él que apenas tuvo Blanquita tiempo para escapar.

Pero el tendero no se contentó con verla correr, y continuó su persecución, no sin tirar dos tarros de miel y uno de confites. Blanquita, aunque llena de terror, tuvo la bastante serenidad para salir á la calle.

Como la calle no le inspiraba mucha confianza, se metió, después de cruzar la calle, en la sombría tienda de un prendero. Había en la tienda tantos objetos, que era imposible verla; pero aunque ésta era una gran ventaja, tenía la contra de que no tenía que comer, como no se comiera los muebles que había en la tienda.

Blanquita se había colocado sobre un sillón para tomar aliento, porque su corazón latía con violencia y sus patitas no podían más. Deploraba su triste suerte y veía claramente que su posición presente era resultado del poco caso que había hecho de los consejos de su madre.

Blanquita se entregaba á reflexiones filosóficas, cuando vió de-



lante de si un buho, malísimamente encrespado, que se conocía que era un verdadero buho embalsamado, el cual la miraba con sus

tranquilidad por algunas calles mal alumbradas.

Pero Blanquita no tenía muchas ganas de distraerse, porque el



El gran peligro.

grandes ojos de cristal, fijos y amenazadores.

Al verlo Blanquita se asustó de tal modo, que ganó con rapidez la calle sin volver la cara atrás. Llegó la noche, y gracias á esta circunstancia pudo pasearse con más

hambre, satisfecha un momento con el trozo de queso, se despertó de nuevo con más fuerza. Ya se iba á abandonar á la desesperacion y lanzaba lastimeros gritos, cuando de pronto se encontró frente á frente con su madre, que llena de





Ad. Goubaud & Fils Edit. Paris

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA

MADRID — Administración de los Niños.







inquietud la buscaba desde por la mañana.

La madre al verla la hizo mil caricias, y despues por prudencia

seguida subieron por una hermosa escalera toda charolada, y despues de pasar por debajo de otra puerta, se encontraron en la



Madre é hija.

se metieron en uno de los jardines de la plaza de Oriente, en donde hablaron de sus aventuras hasta que dió la media noche.

Despues cruzaron la calle, y entraron en Palacio, metiéronse por debajo de la puerta cochera. En

habitacion donde tenian su agujero.

Todo esto se verificó con gran sorpresa de Blanquita, que nunca hubiera acertado sola con su domicilio.

Su madre la condujo á la cocina



en donde habia varios succulentos manjares, gracias al descuido de la cocinera.

—Come, hija mia, le dijo.

Blanquita no se hizo repetir la invitacion, y se puso á comer con el mejor apetito del mundo.

—Basta, no comas más, le dijo su madre al cabo de un instante, temiendo que le diera una indigestion; despues la condujo al agujero en que habitaban, y la habló de esta manera:

—Hija mia, tus desventuras han sido motivadas por tu pereza, pues si tú te hubieras levantado cuando te llamé, nada de eso te hubiera pasado.

No hubieras tenido que huir del

gato negro, porque pasa toda la noche en el tejado, y no vuelve á la casa hasta por la mañana.

No hubieras encontrado á la cocinera, porque por la noche está durmiendo tranquilamente.

No hubieras corrido, en fin, los peligros que has corrido, no hubieras sido arrastrada por el agua hasta la corriente de la calle, ni hubieras visto al terrible tendero, porque á esas horas toda la gente está descansando.

No seas, pues, perezosa. *Al que madruga Dios le ayuda*, pero al que es un perezoso todo le sale mal y nunca llega á tiempo.

Sírvate esto de leccion, y no vuelvas á ser perezosa.







## NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

(12 de Octubre.)

Madre, divina Madre poderosa,  
Que en tu vida mortal, por altos fines,  
Del Ebro á la ribera venturosa  
Viniste sobre alados serafines;

Tú, que en trono de coros celestiales  
Hablas desde el Pilar á las naciones;  
Pilar que hicieron manos eternas,  
Y que besaron cien generaciones;

Tú, que al ser del Apóstol protectora,  
Lo fuiste al par de la española tierra,  
Prometiéndole á sus hijos en buen hora  
Serles iris en paz y escudo en guerra;

Movida de piedad, abre tu manto,  
Que como asilo á todos nos reciba,  
Y en un suelo que riegan sangre y llanto  
Florezca el bien, ufana siempre viva.

Y en el negro horizonte que encapota  
La bruma del error, con presto paso,  
Cual vivo sol tras de la noche brota,  
Brote la fe de nuevo y sin ocaso.

ANTONIO ARNAO,

Ayuntamiento de Madrid





## LA HUERFANITA.

Habitaba un opulento Baron un suntuoso palacio, y gozaba en él toda clase de felicidades, siendo su mayor dicha ver restablecida á su esposa de una penosa enfermedad que la habia tenido muchos dias postrada en cama, y el contemplar á su querida hija Leonor, que apenas contaba seis meses, y ya creia el apasionado padre descubrir en ella las más claras pruebas del esclarecido talento que habia de tener y del tierno amor que le profesaba, distinguiéndole entre todos y dándole muestras de

su alegría cuando á ella se acercaba.

Así pasaba el tiempo, tan dichoso para aquella afortunada familia, cuando una noche uno de los criados pidió, algo azorado, permiso para entrar en su habitación; se le dieron, y se presentó llevando en sus brazos un recién nacido y una primorosa caja de marfil cerrada, pero sin que pudiera de ella llave alguna.

—¿Qué significa esto, Tomás? dijo el Baron.

—Señor, exclamó el criado, en



el momento de salir á cerrar la puerta principal hirió mis oídos el llanto de este inocente, que en un rinconcito del portal y echado sobre un pequeño colchon de pluma demandaba quizá mi auxilio en el instante de sentir mis pasos. Al lado suyo se veía esta cajita, y yo sin detenerme me he apresurado á venir hasta aquí.

La bondadosa esposa del Barón dió á éste la pequeña Leonor que tenía en sus brazos, y cogió de los de Tomás al recién nacido, quedando admirada al ver que era una hermosa niña que apenas podría contar ocho días, á pesar de que su robustez la hacía aparentar más.

Al fijarse vieron que entre su faja había una carta dirigida al Barón; éste la tomó y dió orden á Tomás para que inmediatamente se buscara una nodriza para aquella niña, y que para que se hiciera con la mayor premura fuera él mismo á practicar la diligencia, que entre tanto el ama de Leonor la daría de mamar.

Tomás partió sin demora, y el Barón, después de quedar solo con su esposa, leyó á ésta el contenido de la carta, la cual decía así:

«Señor Barón: Conociendo vues-

tros generosos sentimientos, me atrevo á pedirlos un favor.

»Esta inocente niña necesita en el mundo un protector, á quien mirar como á padre, hasta que el suyo, que hoy la abandona transido de dolor, la pueda reclamar.

»Vos y vuestra digna esposa sé que serán para ella todo lo buenos que mi corazón desea.

»Si pasados quince años no ha venido nadie á reclamarla por hija, romped esa caja que tiene á su lado y decidla á quien debe el ser; pero entre tanto que pase para todos, y aún para ella misma, por una huérfana á quien por caridad habeis recogido.

»Ojalá pronto pueda reclamárola, y entónces yo abriré delante de vos la misteriosa cajita, confiada á vuestra honradez, y os daré cuantas explicaciones me pidais.

»Entre tanto recibid las más tier-  
nas protestas de gratitud y el cariño que por vos siento

UN PADRE DESGRACIADO.

»P. D. La niña está bautizada con el nombre de Luisa.»

La esposa del Barón no pudo contener una lágrima, y estrechando instintivamente á la niña contra su corazón, la ofreció que efectivamente sería para ella



una verdadera madre, y su esposo la aseguró que él también la miraría como á su hija.

Poco despues llegó Tomás con la nodriza, y la encomendaron la niña con las muestras del más vivo interes, cuidando de ella durante el tiempo de su lactancia, con el mismo cariño que cuidaban de Leonor.

Así pasaron algunos años, las niñas crecieron y fué preciso dar principio á su educacion. Luisa era naturalmente dócil y aplicada, comprendiendo que cuanto por ella hacian era un favor, pues sabía que aquellos señores no eran sus padres, y Leonor, por el contrario, aunque de un entendimiento claro, desperdiciaba lastimosamente el tiempo, segura del mucho cariño que sus padres la tenian, y de que, como decia mil veces á Luisa, ella era hija única y no tenía tanta precision de aplicarse.

Sin embargo, los triunfos que Luisa alcanzaba sobre ella debidos á su laboriosidad la contrariaban mucho, y entónces tomaba venganza de ella á su modo, diciéndola que ni aún padres tenía y hasta lo que aprendia era por obra de caridad.

Luisa lloraba amargamente, mas nunca sus protectores pudieron ver

en ella el más leve indicio de resentimiento hácia Leonor, teniendo siempre la más tierna fe en el cielo, de donde esperaba vendria el fin de sus sufrimientos.

Así pasaron los años, y ya Luisa iba á cumplir catorce, cuando un dia se presentó un caballero y habló largo rato con el Baron y su esposa, y despues ésta llamó á Luisa.

La modesta jóven se presentó sonrojada, y su protectora cogiéndola de la mano se la presentó al caballero diciéndole: Señor Marqués, aquí teneis á vuestra hija, digna de vos por sus virtudes.

El caballero la miró con ternura miéntras oscilaba una lágrima en sus párpados, y, por último, la abrazó con los trasportes del más dulce placer.

Luisa no acertaba á salir de su sorpresa, y su venturoso padre la dijo:

—No te asombres, hija mia, no eres la infeliz huérfana que has podido pensar, tienes padre y posees tantas riquezas como tu amiga Leonor.

Entónces la contó cómo tuvo que dejarla para huir, porque por causas políticas le perseguian y no la pudo llevar consigo, porque de ese modo se exponia á perderla



para siempre. Ahora, añadió, ya nadie nos separará, habitaremos cerca de Leonor y siempre serás feliz.

Después llamaron á su amiga, que no se admiró menos que Luisa de aquella transformacion, y se avergonzaba en su presencia de las duras palabras que en algunas ocasiones la habia dirigido; pero ésta la abrazó tiernamente y se hicieron las más sinceras promesas de profesarse siempre un cariño fraternal, y sus padres, que se juraron la más tierna amistad, las ofrecieron no separarlas jamas.

El que con constante fe  
Dirige su vista al cielo  
Para que alivie de,  
Al fin con delicia ve  
Que da á sus males consuelo.

### EL DEDO CORTADO.

Eran las doce de la mañana de un dia festivo, y Mamerto, fiel criado y asistente de un coronel de caballería, estaba en una habitacion, sentado junto á las puertas cristales de un balcon que daba á la calle, leyendo la vida de uno de nuestros generales contemporáneos. Carlota y Emilio jugaban en la misma habitacion, y era tanto

el ruido que hacian, que Mamerto no pudo menos de decir:

—No seais tan bulliciosos; jugad con más tranquilidad, pues ya sabeis que vuestra mamá está mala, y se agravará con tanto ruido; quiero, además, que cuando venga vuestro papá, mi brigadier, y me pregunte, decirle que habeis sido muy juiciosos.

—Dice Mamerto muy bien, repuso Carlota; mamá está malita y no debemos alborotar.

Dicho esto, los dos hermanos buscaron distinto modo de entretenerse; pero de improviso llamaron á la puerta, y los niños acudieron á ver quién era, al mismo tiempo que el asistente Mamerto: éste abrió, y un caballero de una edad respetable preguntó por el brigadier.

—No está, respondió el asistente.

—Pues bien, dijo el caballero, cuando venga tenga V. la bondad de darle esto, de parte de su amigo D. Félix.

El caballero puso en manos del asistente una preciosa cajita forrada de terciopelo encarnado, y guarnecida con infinidad de labores doradas. Esta cajita, según luego se supo, encerraba dos pistolas de un mérito artístico muy singular; el caballero que la entregó se



fué, la puerta volvió á cerrarse, el asistente puso el objeto que le habian entregado encima del pupitre que estaba sobre una mesa de despacho situada en un gabinete, y Mamerto volvió á su primitiva habitacion con el fin de continuar su lectura favorita.

Carlota y Emilio se miraron, y ambos concluyeron por comprenderse; se alejaron de Mamerto, y hablaron así:

—Carlota, dijo Emilio, ¿qué será lo que ese caballero ha dejado para papá? ¿Quieres que lo veamos?

—Sí, lo veremos, contestó Carlota.

—Pues vámonos de puntillas al despacho sin que Mamerto lo sienta.

Pero Mamerto lo habia escuchado todo.

—¡Carlota! ¡Emilio! gritó. Venid ambos acá, que tengo que deciros una cosa.

Los niños retrocedieron, y se acercaron á Mamerto; éste cerró el libro que leia, le puso sobre una silla, y mandando sentar á los hijos de su coronel, habló del siguiente modo:

—Ayer me preguntaron ustedes que porque me faltaba este dedo de la mano derecha, ¿es verdad? y os prometí referiros cuando es-

tuviésemos despacio la causa de ello. Pues atended:

En cierta poblacion de España habia un caballero muy dado á la conservacion de objetos de antigüedades, y habiendo recorrido gran parte del globo, habia logrado reunir una infinidad de preciosidades, con las cuales volvió á su casa, y las reunió en un gabinete. Este caballero tenía tres niños: el uno se llamaba Luis, que era el mayor, el segundo Benigno, y la niña Natividad. Don Antonio, que este hombre tenía el padre, temeroso de que le trastornasen el orden con que tenía colocadas las piezas de su gabinete, procuraba cerrar la puerta del mismo; pero Luis, que era el más curioso de los tres, no cesaba de andar en rededor de la puerta y mirar por el ojo de la llave, con el fin de descubrir lo que dentro habia. Una mañana que D. Antonio estaba trabajando en su despacho, los tres hermanos bajaron al jardin: Benigno y Natividad jugaban; pero Luis no hacia otra cosa más que mirar á una ventana sin hierros, que tendria poco más de una vara de elevacion.

—¿Qué miras, Luis? le preguntó Benigno.

—¡Oh! respondió aquél; yo queria ver todas esas cosas que tiene



encerradas papá en ese gabinete.

—No hagas eso, exclamó Natividad; papá se enfadaria; lo tiene prohibido.

—Yo haré de modo que no lo sepa: ¿Vamos á encaramarnos?

—¿Cómo? preguntó Benigno.

—Mira; ponte á cuatro piés; yo me subo sobre tus espaldas, lo veo todo; despues me pongo yo como tú y lo ves tambien, y luégo encaramamos á Natividad para que lo vea.

Benigno y la niña se opusieron al principio; pero tantas fueron las instigaciones de Luis, que al fin accedieron. Púsose Benigno á cuatro piés, subióse encima Luis y comenzó á mirar al gabinete.

—¿Qué ves? preguntaron á un tiempo los otros dos.

—¡Ay! ¡qué cosas tan bonitas! exclamó Luis. Hay muchas espadas, flechas, plumas de distintos colores, armaduras de guerreros, muchas pieles de animales....

Luis empujó entónces las vidrieras, y vió con notable asombro que cedieron á su empuje.

—Está abierta, dijo Luis, y brincando puedo entrar.

Así lo hizo; puso la punta del pié sobre un medio ladrillo saliente de la pared, encaramóse, y bien pronto se halló dentro del gabinete.

Benigno tuvo ya deseos de entrar, y con la ayuda de Natividad colocó una gran piedra debajo de la ventana, subido sobre la cual, dió la mano á Luis que le aguardaba desde la ventana, y que le tiró hácia dentro y se consiguió cuanto se deseaba, porque tambien Natividad llegó á verse en el gabinete.

¡Qué alegría! ¡qué contento! No lo está más un soldado cuando asalta y gana una batería.

—¡Ya estamos dentro! gritaba Luis batiendo las palmas.

Y los otros á su vez imitaban los ademanes de su hermano.

Despues fueron mirando uno por uno cuantos objetos habia.

—¡No llegueis á nada! dijo Natividad á Luis.

Pero Luis, léjos de poner cuidado á las reflexiones de su hermana, cogió una celada que estaba adornada de un magnífico penacho y comenzó á gritar en medio del gabinete:

A vuestros piés hace alarde  
Don Rodrigo de Vivar,  
Que en este mismo lugar  
Ha llegado á merecer.

—Vén, Benigno, dijo en seguida: vamos á hacer un paso de media: yo soy el Cid Campeador,



y tú el rey. Toma, ponte el manto y la corona.

Y diciendo esto hizo á su hermano que se pusiera sobre los hombros una piel de tigre, y que ademas se cubriese la cabeza con un círculo de madera labrada y rodeado de plumas. Natividad hizo el papel de reina, y Luis cogiendo un alfanje dijo de cabo á rabo la relacion del Cid. Asíó despues una flecha que estaba sobre una mesa, y queriéndola examinar toca á un resorte que tenía en una de sus extremidades, asómase la lengua de una serpiente y hicie un dedo de la mano derecha de Luis, que al punto prorumpe en gritos de dolor.

A estos gritos desgarradores acude don Antonio y se llena de asombro, no sólo al ver los tres enmascarados, sino al contemplar á Luis que llora sin consuelo.

—Papá, dijo Natividad temblando y casi llorosa, yo no he tenido la culpa ni Benigno tampoco. Por aquí, prosiguió señalando á la flecha, ha salido una lengua muy delgada y ha picado á mi hermanito; por eso llora.

—¡Misericordia, Dios mio! exclamó don Antonio mirando al cielo. ¡Ten valor, hijo de mis entrañas! Si no le tienes, no vivirás

dentro de una hora y yo moriré despues de sentimiento. Vén, hijo mio, ten valor.

—¡Papá de mi alma! yo tendré valor, haz de mí lo que quieras.

Don Antonio se asomó á la puerta, llamó al portero, el que subió al instante.

—Tenga V. á mi Luis le dijo: sujétele V. con firmeza entre sus rodillas..... ¡Valor! ¡Luisito mio!.. es preciso que yo te corte el dedo.

—¡Cortarlo! exclamó Luis pali-deciendo.

—¡Ay papá! gritó Natividad, no se lo cortes.

—¡No hay un momento que perder! dijo D. Antonio: es preciso, la flecha estaba envenenada. ¡Valor, hijo mio!.... ¡El dedo cayó en el suelo!

Luis se desmayó, y en esta disposicion fué conducido á otra estancia, donde se le aplicaron remedios para que se curase pronto. La esposa de don Antonio estaba enferma y no supo nada hasta que Luis se puso bueno enteramente.

Cuando Luis tenía catorce años, habia perdido á sus padres, quedándose sin hermanos. Un comerciante que le vió casi en la mendicidad, le dijo:

—Vamos, muchacho; si tienes



buena letra, vente á mi casa de comercio para que escribas.

— Señor, no sé escribir bien.

— ¡Cómo! ¿Pues no estabas en un colegio?

— Sí señor, pero me faltaba un dedo de la mano derecha, y jamas logré escribir ni aun medianamente. A los diez y seis años sentó plaza de soldado y lo tomó á su servicio un teniente de caballería que es hoy coronel, padre de dos niños muy bien educados; pero tan curiosos como Luis, porque no hace mucho tiempo que salieron de esta sala para indagar qué cosa era la que habia traído un caballero para el coronel.

— ¡Ah! ¿Con que, somos nosotros, exclamó Carlota.

— Eso se deja comprender, dijo Emilio; y Mamerto el Luis que perdió su dedo cuando niño.

— A ver el dedo, preguntó Carlota.

Cuando ambos observaban el dedo del asistente en medio del más grande silencio, llamaron á la puerta. Era el coronel, al cual contó Mamerto lo que habia pasado, y queriendo el jefe militar dar gusto á sus niños, se encaminó con ellos al despacho y les enseñó la cajita y las pistolas.

— Jamas soliciteis, prosiguió el

coronel, indagar por vosotros mismos las cosas que desconoceis; y acordaos para siempre del dedo cortado de Mamerto: ahora vamos á ver á mamá.

## LA LIMOSNA.

Un domingo por la tarde estaban Luisa y Felipe, la primera de edad de cinco años, y de seis el segundo, mirando por los cristales del balcon de su casa la lluvia que caía á grandes chaparrones.

— ¿Ves, Felipe? decia la niña: llueve mucho y no podemos ir á la plaza de Oriente, donde Eduardo nos esperaba con el caballo que le ha comprado su papá.

— Puede ser que escampe todavía, repuso Felipe.

— No, hijos míos, interrumpió la madre, que estaba detras de ellos sentada y haciendo labor. Aunque deje de llover, es muy tarde para que podais salir ya por hoy.

Pasada una media hora cesó la lluvia, asomándose claro y límpido el crepúsculo de la tarde.

— Mamá, dijo Felipe, ¿ves qué claro se ha puesto?



—¿No quieres que salgamos, mamá? exclamó la hermana.

—No, respondió la madre, es tarde y las calles están muy malas.

—Pues mira, mamá, dijo entonces Luisa, Felipe tiene dos reales que le dió papá cuando salió esta tarde con mi padrino, yo tengo otros dos que tú me has dado, ¿quieres que pasemos á la confitería de enfrente y los gastemos en rosquillas?

—Bien, respondió la madre. Consiento en ello, pero no tardeis.

—Verás cuántas rosquillas, mamá, prosiguió Luisa: no van á caber en nuestros pañuelos.

Luisa bajó corriendo las escaleras, y su hermano Felipe la siguió: llegaron al portal y el niño dijo á su hermana:

—Toma mis dos reales; entra tú en la confitería, que yo te aguardo al pié de la escalera.

Luisa volvió al momento, pero con el pañuelo vacío.

—¿Y las rosquillas? preguntó Felipe.

Y la hermana contestó:

—Mira, hermanito mio, voy á decir lo que me ha pasado.

Asió la manita derecha de Felipe y prosiguió:

—Cuando yo entraba en la con-

fitería, vi un pobre que pedia limosna: era ciego, anciano: me dió lastima y le dije: hermanito, tome V. dos reales míos y dos de mi hermano Felipe, que ya no queremos comprar rosquillas. ¡Si vieras el ciego qué alegre se puso primero! Mira, y despues lloró y me dijo que Dios nos haria felices.

La madre, que habia estado escuchando á sus hijos en lo alto de la escalera, porque desde los cristales de su balcon habia presenciado el generoso rasgo de la niña, bajó y estrechó tiernamente á sus hijos, aplaudiendo lo que Luisa acababa de hacer. Llegó la hora de recogerse, y los dos hermanos se acostaron con la alegría que hace experimentar el recuerdo de una buena accion. Al siguiente dia, que tambien lo era de fiesta, amaneció un sol hermoso y radiante. Puesta la mesa para el desayuno, los niños se sentaron á ella; pero ¡cuál fué la sorpresa de ambos al ver que despues de almorzar trajo la criada una bandeja llena de rosquillas!

—¿Quién nos ha dado estas rosquillas, mamá? preguntó Luis.

—El pobre de ayer os las envía, hijos míos, respondió la madre sonriendo.



—¿Cómo puede dar un pobre lo que no tiene? interrogó Felipe.

—También los pobres son ricos, contestó la madre, porque si bien ellos en la realidad nada pueden darnos, sus ruegos son para con Dios muy poderosos, y el Omnipotente se encarga de darnos lo que el mendigo no puede.

### EL CASTIGO POR IGUAL.

#### FÁBULA.

Pedro, Gil y Trinidad  
Un tesoro se encontraron,  
Y los tres se disputaron  
Del mismo la propiedad;  
Pero observando despues  
Que sin razon arguyeron,  
Unánimes convinieron  
Repartirlo entre los tres.  
Encargado Trinidad  
De comprar vino y sustento  
Marchó para el mismo intento  
Pensativo á la ciudad;  
Y á la vez que caminaba,

La ambicion malvada, impía,  
Un medio le sugería...

Verémos lo que pensaba.

«Con arsénico, rocío

«El manjar que comerán:

«Gil y Pedro morirán

«Y el tesoro será mio.»

Mas Pedro y Gil que querían

Del tesoro la mitad,

Dijeron que á Trinidad

Los dos asesinarían.

Trinidad con el sustento,

De la ciudad ha llegado,

Y con la muerte ha pagado

Su malvado pensamiento.

Del emponzoñado plato

Despues los otros comieron,

Y el castigo recibieron

Del infame asesinato.

Un pensamiento infernal

Tres hombres han concebido;

Mas al fin han recibido

*El castigo por igual.*

I. A. BERMEJO.



## LA HERRADURA.

LEYENDA POR GOETE.

Cierto día caminaba Jesús con su comitiva en dirección á una aldea, y habiendo visto en el camino una cosa que brillaba, se acercó más y conoció que era una herradura; entónces volvió la cara y dijo á San Pedro:

—Cógela.

Pero San Pedro no la recogió, porque venía meditando en el imperio del mundo, que era su pensamiento favorito; el hallazgo era muy inferior, y hubiera sido necesario que fuese un cetro ó una corona. ¿Debería doblar su espalda para coger un pedazo de herradura? Siguió su camino, é hizo como que no había escuchado.

Jesús, siempre bueno y paciente, recogió él mismo la herradura. A la entrada del pueblo, se detuvo á la puerta de un herrero, y vendió la herradura en tres dineros. Continuaron su camino, y á cierta distancia vió Jesús á una mujer que vendía cerezas, y compró tantas como se pueden comprar por tres dineros; despues, segun su costum-

bre, las puso tranquilamente en su manga.

Salieron del pueblo: el camino que atravesaban era una extensa pradera sin casas, y por consiguiente, no habia un lugar sombrío; el calor era grande, de suerte que se hubiera dado mucho dinero por un poco de agua. El Señor, que marchaba siempre delante de sus discípulos, dejó caer una cereza, como por casualidad, y San Pedro, que le seguía, se agachó para recogerla con tanto apresuramiento como si hubiese sido una manzana de oro. La cereza humedeció agradablemente su paladar. Un momento despues, Jesús dejó caer otra cereza, y Pedro la cogió al instante y se la metió en la boca. El Señor continuó por espacio de algun tiempo haciendo doblar la espalda de Pedro para recoger las cerezas, y en seguida le dijo con calma y amabilidad:

—Pedro, si te hubieses agachado cuando era menester, hubieras comido tus cerezas con más comodidad; aquel que desprecia las cosas pequeñas, se expone á emplear más trabajo para lograr cosas aún menos importantes.

CÁRLOS FRONTAURA.



## EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Fig. 1.<sup>a</sup> Niño de cinco á seis años. Pantalón un poco corto, de satén doble, color de café, adornado con un terciopelo negro, chaquetita y chaleco de la misma tela con botones de terciopelo negro, sombrero de paja, botitas de cabritilla.

2.<sup>a</sup> Niña de seis años. Falda y túnica abierta de sedalina color de rosa, adornada con un rizado de la misma tela y lazos en la falda, chaleco de terciopelo negro, sombrero de castor blanco ribeteado de terciopelo negro y adornado con un lazo y una pluma color de rosa, botitas color de rosa.

3.<sup>a</sup> Niña de tres á cuatro años. Falda y cuerpo alto de poplín azul, adornada la falda por abajo

con una cinta ó biés de seda blanca puesto á ondas y en el centro de cada una un botón blanco. Túnica sin mangas, de cachemir blanco; banda y cinturón de faya azul con lazo al costado y largas caídas.

4.<sup>a</sup> Niña de diez á once años. Vestido de tafetán color de cuero, adornado con terciopelo morado y volantes por la parte de atrás y en los costados formando quillas; cuerpo alto abierto en corazón, manga entre ancha y abierta por la parte superior, sombrero de felpa blanco adornado con cintas azules y una pluma blanca, botitas color de cuero.

5.<sup>a</sup> Niño de tres años. Vestido de cachemir gris adornado de terciopelo negro, sombrerito gris con terciopelo y pluma negra, botitas grises.

## ADVERTENCIA.

*Por el estado de las comunicaciones con Francia, no hemos recibido los grabados de modas que habian de ir en este número.*

*Dispensen la falta nuestros suscritores.*



## ANUNCIOS.

# LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA,

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA.

Se acaba de publicar el tomo VII con muchas láminas; 24 rs. en Madrid y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

CONSEJOS Á LAS MADRES PARA CRIAR BIEN Á LOS NIÑOS,  
por el sabio Dr. Donné.

Un tomo de 300 páginas, 8 rs. en Madrid y en provincias.

## CUENTOS DE SALON

POR

GUERRERO Y FRONTAURA.

TOMOS PUBLICADOS.

- Tomo 1.<sup>o</sup> *Una perla en el fango*, por Guerrero.  
— 2.<sup>o</sup> *Brígida*, por Frontaura.  
— 3.<sup>o</sup> *La camelia y la mariposa* y una *Historia de lágrimas*, por Guerrero.  
— 4.<sup>o</sup> *La doncella del piso segundo*, por Frontaura.  
— 5.<sup>o</sup> *El vellocino de oro y Fea y pobre*, por Guerrero.  
— 6.<sup>o</sup> *La maldita vanidad*, por Frontaura.  
— 7.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, por Guerrero, primera parte.  
— 8.<sup>o</sup> *Madrid por dentro*, — segunda parte.  
— 9.<sup>o</sup> *El hijo del sacristan*, por Frontaura, primera parte.  
— 10. *El hijo del sacristan*, — segunda parte.  
— 11. *La manzana de la discordia* y el *Sueño de felicidad*, por Guerrero.  
— 12. *Las madres*, por Frontaura.  
— 13. *Anatomía del corazon*, por Guerrero, primera parte.  
— 14. *Anatomía del corazon*, — segunda parte.  
— 15. *El matrimonio*, pleito en verso entre Guerrero y Sepúlveda, entendiéndose en él como jueces y letrados, Hartzenbusch, Hurtado, Arnao, Trucha, Aguilera, Serra y Frontaura.  
— 16. *Doce maridos*, por Frontaura.

Cada tomo 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

Todas estas obras en la Administracion de Los Niños y de La PRIMERA EDAD: Plaza de Matute, 2, Madrid.

---

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.<sup>a</sup>,  
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.